

XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca, 2011.

Max Weber y sus contemporáneos: política y racionalización.

Eduardo Weisz.

Cita:

Eduardo Weisz (2011). *Max Weber y sus contemporáneos: política y racionalización. XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-071/415>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Max Weber y sus contemporáneos: política y racionalización

Eduardo Weisz
FFyL y FSoc – UBA
14.686.933
eduardoweisz@hotmail.com
(autorizo la publicación)

Al otorgarle a Max Weber el lugar de clásico de la sociología, compartiendo en general con Karl Marx y Émile Durkheim el estatuto de “founding father” de esta disciplina, quedan frecuentemente soslayados dos aspectos que nos interesa destacar aquí. En primer lugar, el encasillarlo dentro de la disciplina sociológica oscurece las múltiples aristas de su producción. Realizando sus estudios de grado en derecho y filosofía, ya su tesis doctoral de 1989 sobre las sociedades comerciales en la Edad Media tuvo un carácter claramente histórico. No fue otro el carácter de su *Habilitationsschrift* de 1991 –escrito que, según los reglamentos de la academia alemana, lo habilitaba para dar clases en las universidades–, en el que se abocó al estudio de la historia agraria en la antigua Roma. Incluso su escrito más conocido, sobre la relación entre la ética protestante y el espíritu del capitalismo, que fuera publicado por primera vez en 1904 y 1905, es un estudio histórico con el objetivo explícito de aportar a la comprensión de los orígenes de la moderna sociedad capitalista. De hecho, tanto al momento de ser publicado, como en los primeros años luego de la muerte de Weber, fueron historiadores los que polemizaron con la tesis weberiana, abundando en casos históricos que cuestionaban o matizaban la investigación. Recordemos, por otro lado, que su primer puesto importante en una universidad, la de Friburgo en 1895, así como, un año después, el cargo en la Universidad de Heidelberg –reemplazando a una de las figuras más prominentes de la Escuela Histórica de Economía, Karl Knies–, fueron en economía política.

Lejos de querer con esto definirlo como historiador o como economista, sólo pretendemos discutir el clásico encasillamiento que se hace de este autor como sociólogo. Y esta aclaración debe a su vez situarse en la época, en el sentido de que nuestro autor se movía en una atmósfera intelectual en la que la imbricación de las *Kulturwissenschaften*, de las ciencias de la cultura, lo excede por completo de modo tal

que también a la mayoría de sus contemporáneos resultaría forzado inscribirlo en una disciplina particular.

Esto nos conduce al segundo aspecto que queremos destacar. La importancia de Weber no puede pensarse si no es en un marco intelectual del cual es expresión. Como desarrollaremos, este autor es parcialmente la expresión de una intersección de variables históricas, diacrónicas y sincrónicas, que condujo a que su pensamiento deba leerse sobre el fondo de una generación de académicos con grandes puntos en común. Pero, más aún, el carácter dramático de las transformaciones que atraviesan a Alemania entre el nacimiento y la muerte de Weber, es decir, entre los años 1864 y 1920, obliga a mirar bajo este prisma a cualquier manifestación cultural de la época. De ahí que la perspectiva weberiana pueda relacionarse no sólo con aquellos con los que compartió el ámbito académico –y en los que nos detendremos en particular-, sino que también con exponentes de la literatura, la música o la pintura de la época.

En este marco, nuestro trabajo partirá de analizar algunas claves de la perspectiva política de Weber, específicamente en lo que hace a su mirada sobre la política en la Modernidad y, particularmente, en la situación alemana. Sin dejar de lado las definiciones tipológicas y algo abstractas que caracterizan los escritos que fueron reunidos luego de su muerte bajo el título de *Economía y sociedad*, queremos detenernos en la perspectiva que emana de sus escritos específicamente políticos. Puede verse en estos toda la carga de la caracterización que este autor, y también su generación, tienen de las transformaciones que atraviesa la nación alemana. En este sentido, adelantamos, en sus posicionamientos políticos, y específicamente en los de sus últimos años, se articulan dos vertientes: una respuesta frente a la coyuntura de la Alemania posguillermana y un intento desesperado de resistir a las tendencias trágicas de la Modernidad.

Por eso, en una segunda instancia nos proponemos ubicar esas tendencias, encontrar sus raíces. La Modernidad, veremos, es para Weber la consecución de un proceso histórico-universal iniciado hace miles de años en el surgimiento de lo que Weber denominaba religiones universales. Allí encuentra este autor los orígenes de un proceso de racionalización que, en determinadas condiciones históricas, encuentra en Occidente variables que favorecen su desarrollo, dejando un mundo desencantado, incapaz de moverse por valores trascendentes, con individuos inhabilitados para darle un sentido a sus vidas. En síntesis, como en la célebre metáfora al final de “La ética protestante y el

espíritu del capitalismo” –tomando la consagrada aunque imprecisa traducción de Talcott Parsons-, individuos confinados en una *jaula de hierro*.

Por último, en tercer lugar, ubicaremos el pronóstico trágico weberiano en su época, situándolo en las drásticas transformaciones de una nación que al momento del nacimiento de nuestro autor no estaba aun constituida como estado moderno, que en pocos años dejó de ser un conjunto de reinos unidos por una lengua y un bagaje cultural común, económica y socialmente atrasados en comparación con otras naciones europeas, para convertirse en una de las grandes potencias del continente, junto a Francia y Gran Bretaña. Una estructura económica, social y cultural que en el curso de un período muy breve sufrió transformaciones tales que ningún estrato permaneció inalterado. En particular, entre aquellos sectores que, por su profesión, estaban abocados a la reflexión sobre lo social, y aquellos que, en cambio, buscaban manifestar sus sensaciones epocales a través del arte, pueden establecerse importantes puentes que ayudan a alumbrar la compleja trama que se desenvolvía en esos cruciales años.

El predominio de la dominación burocrática

La situación de dominación es para Weber aquella en la que alguien manda eficazmente a otro, es decir, con la probabilidad de ser obedecido, y una asociación de dominación es aquella en la que sus miembros están sometidos a relaciones de dominación en el marco de un orden vigente. Cuando ese orden se garantiza en un territorio dado por medio del monopolio legítimo de la coacción física –en última instancia y cuando los demás medios fracasan-, estamos en presencia de un estado en el marco de una asociación política¹. Para la comprensión de las diferentes asociaciones políticas históricamente existentes, Weber recurre a los tipos ideales o puros². Los tipos ideales de dominación tipifican los fundamentos de la legitimidad que la dominación pretende para sí, así como los que conducen a los dominados a obedecer.

¹ Las definiciones de las que partimos pueden encontrarse en diferentes pasajes de *Economía y sociedad*, aunque también en otros textos del autor. Cfr., entre otros, (2001a): p. 29.

² No podemos extendernos aquí en el concepto de tipo ideal o de tipo puro. Sólo señalamos que estos son para Weber herramientas heurísticas ineludibles para la investigación social, que son construcciones del investigador, y que su inevitabilidad se relaciona con el hiato kantiano entre el sujeto y el objeto del conocimiento, por el que la realidad es inaprehensible en sí. En nuestra opinión, si bien Weber llega a esta concepción metodológica a través de una serie de antecedentes –Heinrich Rickert y Georg Jellinek sin duda-, la influencia más importante en cuanto al uso de tipos ideales o puros proviene directamente de lo que Georg Simmel había desarrollado en su *Die Probleme der Geschichtsphilosophie*, obra de la que su autor publicó diferentes ediciones. La primera de éstas, de 1892, es la que seguramente conformó la concepción tipológica weberiana.

Los casos históricos pueden estudiarse a través de su aproximación o desviación a tres tipos puros de dominación legítima: tradicional, carismática y legal-racional. Dado que la primera descansa sobre la creencia en normas inviolables, de una validez sagrada y absoluta, tiende a desaparecer en la Modernidad y por este motivo no nos detendremos aquí en ella. Los fundamentos de la dominación carismática hunden sus raíces en el proceso religioso de surgimiento de magos o profetas, pero en la medida en que la obediencia a un líder carismático responde fundamentalmente a las características extraordinarias que se le atribuyen a su persona, trascienden la secularización moderna y se presentan ahora bajo la forma de cuadillos políticos. Es decir, individuos a los que se les asigna un grado de inteligencia, de sensibilidad social, o incluso de capacidad militar –sea real, pretendida o supuesta-, que los pone por encima de los dominados y en eso reside la fundamentación de su dominación, la razón de que se los obedezca. La dominación legal-racional, en cambio, descansa en la creencia en la legalidad de un sistema de reglas, estatuido de modo racional, y en quienes según esas reglas están llamados a ejercer la autoridad. Este derecho no depende de las personas concretas que ocupan esos roles, establecen derechos y deberes para un conjunto de cargos impersonales, jerárquicamente ordenados. Si bien, como señalamos, la dominación carismática existe en la actualidad a través de la figura del caudillo político –y tiene enorme importancia para Weber, como veremos-, la dominación legal-racional es la forma específicamente moderna de dominación, y esto es sobre todo lo que nos interesa aquí. Pues, en su forma más pura, la dominación legal se ejerce por medio de un cuadro administrativo burocrático³. En Weber, la administración por medio de una burocracia es la forma más racional en la que se puede ejercer la dominación. Sea en ámbitos estatales o no, la burocracia es, por su eficiencia y confiabilidad, ineludible para el funcionamiento de cualquier organización de masas. Con muy pocas excepciones, todas las instituciones modernas están necesariamente sometidas al imperio burocrático, tanto como, compara el autor, la producción en masa está sometida al dominio de la maquinaria moderna. La burocratización, agrega, es la sombra inseparable de la creciente democracia de masas.

Señalada esta tendencia determinante de las sociedades modernas, debemos centrarnos ahora en cómo valora Weber este proceso, en los temores que en él despierta. Como señalara tempranamente Karl Löwith, Weber sostuvo cierta ambivalencia frente al

³ En esto, y en lo que sigue, cfr. Weber (2001a): p. 126 y ss.

problema de la racionalización creciente de las sociedades modernas. Sin poder soslayar sus consecuencias positivas —en cuanto a la eficiencia de la administración, en cuanto al avance del conocimiento científico, incluso frente al orden en cuanto a la conducta de vida de los individuos—, Weber ve detrás de este proceso el fin de una etapa de la humanidad caracterizada por valores trascendentes.

En el mismo sentido, la burocratización de la administración, una expresión de este proceso de racionalización, tenía para él también ventajas insoslayables. Para Weber, como sintetiza Beetham, la burocracia es paradigmáticamente racional,

... ya que implicaba el ejercicio de un control basado en conocimientos particularmente especializados, se refería a campos de actividades que estaban claramente definidos, operaba de acuerdo a criterios susceptibles de ser analizados intelectualmente, poseía un funcionamiento que era calculable y, por último, era capaz técnicamente de realizaciones del más alto nivel⁴.

Sin embargo, sobre todo si nos detenemos en los escritos políticos, la burocracia aparece como una amenaza cuando recae en sus manos la dirección política del estado, es decir, en la medida de que no esté sujeta a un poder político que la contrarreste. Los conocimientos especializados que la burocracia monopoliza, así como el manejo de una gran cantidad de información, ponen a la burocracia en un lugar privilegiado. Ya en 1905 primero, y luego en 1907 y 1909, en polémica con sus colegas más antiguos de la *Verein für Sozialpolitik*, Weber había alertado sobre los problemas de una dominación burocrática. Mientras que aquellos, en especial Gustav Schmoller, veían en este tipo de dominación la posibilidad de evitar una dirección política atada a intereses materiales sectoriales, Weber enfatizaba ya que la burocracia era únicamente un instrumento técnico, y no debía ser más que eso.

La salida de la guerra, la crisis política y social del régimen guillermino y la consecuente necesidad de discutir una salida constitucional para reorganizar Alemania, ponen a Weber más enfático en cuanto a sus aprensiones frente a las limitaciones de una *Beamtenherrschaft*, de una dominación de los funcionarios. Desde la dimisión de Bismarck, señalaba, Alemania estuvo gobernada por la burocracia, con nefastas consecuencias para la política interna y externa del país. Pero no puede esperarse de un funcionario un espíritu conductor en lo político: quien realiza con todo celo su trabajo cumpliendo honradamente normas y prescripciones, no puede estar al frente de un

⁴ Beetham (1979): p. 107.

estado⁵. Un funcionario se caracteriza por actuar de acuerdo al sentido del deber, por obedecer las órdenes superiores más allá de su opinión sobre éstas. En cambio, “[u]n *conductor* político que así se comportase, merecería *desprecio*”⁶, señala Weber.

A mediados de 1917, cuando Weber publica los artículos que un año más tarde serían agrupados y publicados como “Parlamento y gobierno en una Alemania reorganizada”, abogaba por una salida parlamentaria a la crisis alemana. Su defensa de un parlamento activo se relaciona directamente con la posibilidad de que de ese ámbito pudieran surgir líderes políticos capaces de ponerse por encima del funcionariado y dirigir políticamente a la nación.

La necesidad de contrarrestar la tendencia a la burocratización, en el sentido que estamos considerando, se hace más evidente con el deslizamiento de posición que Weber sufre a partir de noviembre de 1918. El virulento ascenso revolucionario que explotó en Alemania en ese mes, y que implicó la abdicación del Kaiser Guillermo II, generó un cambio en la perspectiva weberiana sobre cómo contrarrestar la burocracia. Si en los meses anteriores el parlamento era la instancia para dar lugar al surgimiento de líderes políticos que oficien de contrapeso a la incapacidad del funcionariado de dirigir políticamente el estado, ahora las democracias deben tender a seleccionar sus líderes directamente a través de las masas y el político debe basar su poder en la confianza de éstas. Alemania, decía en febrero de 1919, debe elegir su próximo presidente en forma directa: ...”la ‘dictadura’ de las masas de la que tanto se habla, exige justamente un ‘dictador’, un hombre de confianza de las masas, elegido por ellas mismas, y al que se someten sólo mientras mantenga su confianza”⁷. Sin un dirigente de estas características, agrega Weber, las tensiones en la sociedad sacudirían necesariamente, periódicamente, a la estructura política y social de Alemania.

Escapa a este trabajo el detenerse con mayor profundidad en las posiciones que Weber desarrolla en torno a esta problemática, pero sí queremos ubicar su perspectiva en el marco de las herramientas que, como vimos, desarrolla en *Economía y sociedad*. La dominación legal-racional se caracteriza, típico-idealmente, por su eficiencia en la administración de una sociedad de masas. Ante un conjunto de reglas racionalmente establecidas, la burocracia es para Weber ineludible e insuperable.

⁵ Weber (2001c): p. 334.

⁶ *Ibíd.*: p. 335.

⁷ Weber (2001d): p. 499.

Pero por su naturaleza, el funcionario está atado a la forma institucional a la que pertenece, su capacidad de reaccionar y acomodarse a nuevas situaciones es lenta y debe seguir la normativa. Con un aparato burocrático, señala Weber, la creación de nuevas formas de dominación es "... crecientemente imposible por motivos puramente técnicos y también por su estructura interna racionalizada por completo"⁸. De ahí que, en una situación crítica como la de Alemania ante el fin del régimen guillermino, necesitada de dar respuesta a presiones de izquierda y derecha, con la necesidad de darse una nueva forma institucional, Weber se viera impulsado a apoyar formas de dominación capaces de encausar la sociedad, de tener la capacidad de conducirla a la nación hacia una situación de estabilidad. La figura del caudillo, del líder carismático, a quien se obedece por sus cualidades y no por su apego a normas, es entonces la respuesta política de Weber a la situación crítica alemana.

En lo que vimos, entonces, se manifiesta un aspecto que lleva a Weber a contraponerse a la dominación burocrática, a abogar por el surgimiento de líderes políticos. Pero simultáneamente, las posiciones weberianas están motivadas por un problema de otro orden, su apuesta política tiene otra vertiente, la que para nuestros fines aquí es de mucha mayor importancia.

La creciente burocratización es una consecuencia de la forma que toma el proceso de racionalización en el moderno Occidente. Incluso, señala Weber, "... el grado de progresión hacia la burocracia de funcionarios (...) da la medida decisiva de la modernización del estado"⁹. Y en este desarrollo, ninguna época ha visto, como ésta, "el confinamiento absolutamente inevitable de nuestra completa existencia, de los fundamentos políticos, técnicos y económicos de nuestra vida, en la carcasa de una *organización* de funcionarios especializados"¹⁰.

Junto a la preocupación por la situación coyuntural alemana, existe también en Weber, entonces, una mirada sombría sobre el destino de nuestras vidas en la Modernidad. La creciente racionalización de todos los ámbitos de la cultura, y entre ellos el político, tiende a ahogar nuestra existencia, nos conduce a vivir como meros engranajes de una maquinaria, sin poder dar sentido a nuestras vidas. Y esto, en la esfera política, está indisolublemente ligado a la burocratización de las instituciones. Pues, señala Weber,

⁸ Cfr. Weber (2001a): p. 571.

⁹ Weber (2001c): p. 320.

¹⁰ Weber (1988): p. 3.

La burocracia, en su pleno desarrollo, se halla también, en un sentido específico, bajo el principio del “sine ira ac studio”. Su peculiaridad específica, que para el capitalismo es muy beneficiosa, la desarrolla tanto más completamente cuanto más se “deshumaniza”, cuanto más completamente alcanza las características específicas que se le ponderan como virtud: la eliminación en los asuntos oficiales del amor, del odio y de todos los elementos sensibles, puramente personales, irracionales, ajenos al cálculo. (...) la cultura moderna requiere para el aparato externo que lo sostiene un *especialista* fuertemente “objetivo”, más ajeno de lo humano cuanto más compleja y especializada esta cultura se torna. Todo esto lo ofrece la estructura burocrática en su combinación más favorable¹¹.

El carácter de la sociedad moderna, y las tendencias insitas en ella, excluyen por completo la posibilidad de frenar el proceso de burocratización. Sin embargo, pese a lo trágico de su cosmovisión, Weber sostiene activamente la necesidad de intentar poner límites a esas tendencias. Pregunta, con marcada desesperación, “De cara a esta preponderancia de la tendencia a la burocratización, ¿cómo es *de algún modo todavía* posible salvar *algunos* restos, *cualesquiera*, de libertad de movimiento que sea en *algún* sentido ‘individual’?”¹²,

La apelación a la dominación carismática, al caudillo plebiscitario, al político con convicciones, se enmarca entonces, también, en el intento de acotar una tendencia que, sin embargo, calificaba como imbatible.

Esta tendencia aparece en Weber frecuentemente bajo el sintagma *Entzauberung der Welt*, que si bien literalmente remite a la ruptura con la magia y al surgimiento de las religiones universales, también cobra otra acepción, metafórica, asociada al desencantamiento del mundo moderno, indisociable del proceso moderno de secularización. Estos dos momentos se articulan en una unidad que conforma el proceso histórico-universal de racionalización, el que por lo tanto subyace a la visión weberiana del proceso moderno de burocratización. En este aspecto, en la relación entre la creciente racionalización moderna la tendencia histórico-universal en la que se inscribe, queremos detenernos ahora.

El proceso de racionalización al que desde hace milenios estamos sometidos

En la sociología de la religión weberiana puede leerse un proceso universal, motorizado por la fuerza de la racionalización y con origen en el surgimiento de las religiones

¹¹ Weber (2001a): p. 563.

¹² Weber (2001c): p. 333.

universales en el primer milenio antes de nuestra era¹³. El carácter universal del impulso racionalizador es insistentemente señalado por Weber: la presión de la *ratio* existió para él en todas las civilizaciones –un proceso de intelectualización al que desde hace milenios estamos sometidos, como señala en 1917¹⁴-, aun cuando diferentes condicionantes hayan obstaculizado esa tendencia, limitando sus alcances, inhibiendo sus efectos. A partir de ese origen, las condiciones históricas específicas de Occidente, entre ellas las que tienen origen en ciertas vertientes del cristianismo reformado, permitieron el advenimiento aquí, dos milenios después, de un nuevo estadio: la consolidación de un nuevo cosmos en el que la racionalidad adquiere características inéditas y singulares.

Se trata, en definitiva, de una tendencia histórico-universal que encontró en Occidente y en la Modernidad suelo propicio para potenciarse y desplegarse en todas las dimensiones, dando lugar a una racionalización específica, que, siguiendo la lógica propia e immanente de cada esfera social, se extiende incidiendo decisivamente sobre cada una de ellas, incluyendo la esfera política que acá nos ocupa.

Pero en Weber, el avance histórico de la razón, incontenible como es, no es una señal de progreso sin más: no conlleva en modo alguno un avance para la humanidad. Más bien, dicho avance anuncia “una noche polar de gélida oscuridad y dureza”¹⁵.

Philippe Raynaud, dando cuenta de que la reflexión weberiana "incluye, por lo tanto, algo así como una filosofía de la historia", señala que "[l]a originalidad de Weber es que, en él, el concepto de racionalización excluye las características que, del iluminismo a Hegel, el racionalismo moderno ha siempre reconocido en la Razón"¹⁶. A esta racionalidad se arriba como consecuencia de un desarrollo histórico, del despliegue consecuente de un proceso histórico-universal, y es aquí, en la concepción metahistórica de este autor, en donde se inscribe su *Kulturpessimismus*. Es el producto de ver una época atenazada por la creciente complejización de la sociedad a la que sólo una respuesta racional -en la administración de instituciones, pero también en todas las esferas de la vida- puede satisfacer.

La *Entzauberung* moderna significa que el individuo ya no puede darle un sentido a su existencia, porque a falta de dioses y perspectivas de salvación eterna, el desencantado

¹³ Hemos trabajado la perspectiva weberiana sobre el surgimiento de las religiones universales en Weisz (2011), especialmente el Capítulo VI.

¹⁴ Weber (2001b): p. 593.

¹⁵ Weber (1994): p. 87.

¹⁶ Raynaud (1987): p. 65 y ss.

mundo moderno sólo tiene para ofrecer eficiencia y racionalidad, mejores medios para alcanzar cualquier fin, fabulosos avances científicos que abren inimaginables posibilidades para desplegar las potencialidades del ser humano, sólo que sin poder dar una orientación sobre hacia dónde debiera desplegarlas, sobre qué fines debiera alcanzarse a través de esos medios tan perfeccionados y eficientes, sobre la base de qué valores estos fines han de ser determinados.

En la perspectiva que Weber vislumbra como parte de las tendencias de la cultura moderna, el individuo ha perdido metas trascendentes, deja de estar motorizado por valores anclados en una *Weltanschauung* que entienda al decurso humano como un proceso con sentido. La muerte, que en la era de las grandes religiones universales se insertaba en un ciclo vital, muchas veces como una superación, como una salvación, deja de tener sentido alguno en la Modernidad, y con ella, consecuentemente, la vida que la antecede. Desprovisto de móviles trascendentales, el individuo moderno queda reducido a ser un engranaje más en una maquinaria que le impone su lógica, pero no una basada en alguna concepción ética sino que en la eficiencia racional, en la mera instrumentalidad, pero sin saber ya a qué fines está ésta direccionada. Y lo que lo constituye en trágico, es su carácter inevitable. Es la perspectiva de una sociedad en la que los individuos devienen meros engranajes, pero en la que ningún retorno al pasado es posible, ni ningún desvío de esa senda inevitable: individuos sujetos a una lógica deshumanizada, al puro cálculo, a la racionalidad formal.

Esta fosilización calculante moderna está asociada a la proliferación necesaria e inevitable, en el capitalismo moderno, del *Fachmensch* en detrimento del *Kulturmensch*: del especialista disciplinado que se inserta con aparente comodidad en el engranaje de la sociedad industrial moderna de acuerdo a consideraciones utilitarias, opacando el surgimiento de individuos íntegros, animados por valores, imbuidos de una formación cultural integral. Nuevamente, lo trágico reside en que ni en lo que hace al avance del conocimiento y a la esfera intelectual en general, ni en la administración eficiente de cualquier aspecto de esta sociedad moderna, la Modernidad es concebible sin las anteojeras que, como el científico de "La ciencia como vocación"¹⁷, pero también el integrante de un aparato burocrático¹⁸, debe calzarse todo aquél que pretenda producir

¹⁷ Cfr. Weber (2001b): p. 588.

¹⁸ Como señala Weber, "... la organización burocrática con su especialización del trabajo profesional instruido, su delimitación de competencias, sus reglamentos y sus relaciones de obediencia jerárquicamente dispuestos", es uno de los aspectos que "se encuentra trabajando para forjar la carcasa de

un conocimiento relevante, o ser eficiente en sus funciones. En esto, fatalmente, tampoco hay posibilidad de rodeos.

Hasta aquí hemos intentado dar cuenta de los aspectos centrales de la perspectiva trágica de Weber. Ahora bien, lo que aquí nos interesa destacar es que la concepción de que cierto tipo específico de racionalidad al devenir hegemónica deja un individuo desprovisto de valores trascendentes, e incapaz de dar un sentido a su vida y a su muerte, está estrechamente ligada a su concepción metahistórica. La idea de un destino, básicamente irreversible, no puede configurarse sin pensarlo como parte de un decurso histórico, de una tendencia que se impone sobre la realidad y que, como tal, deja inermes a los individuos para doblegarla. En este sentido, en general poco advertido en la literatura secundaria –y probablemente por el propio Weber–, una perspectiva trágica, en la medida que plantea un desarrollo histórico ineludible, implica necesariamente una perspectiva filosófico-histórica: una concepción sobre un motor histórico, sobre una dirección en la que la historia se mueve y sobre un sentido al que ésta se orienta¹⁹.

Paul Ricœur se formula una pregunta que nos parece sumamente sugerente para pensar la dinámica trágica esbozada por Weber. Interrogándose sobre la superposición entre la racionalización y la pérdida de sentido, este autor se plantea si "[s]e trata de un fenómeno de inercia en virtud del cual un proceso, una vez lanzado en la historia, sobrevive a su motivación individual y produce efectos perversos fuera del control de su justificación primordial"²⁰. Lo que aquí se plantea, ha sido objeto de múltiples comentarios y el propio Weber se ha referido a las paradojas de la historia por las cuales el puritanismo, como ya señalamos, fue parcialmente el demiurgo de una sociedad que en su devenir, termina arrojando a todas las religiones al rincón de lo irracional. La sociedad moderna poco tiene que ver con la que los protestantes querían construir *in majorem gloriam Dei*. Ahora bien, ¿cuál es la razón de esta desviación? Creemos que

aquella servidumbre del futuro a la que tal vez los hombres se vean algún día obligados a someterse impotentes..." [(2001a): p. 835].

¹⁹ Una excepción a la escasa atención a las implicancias del pensamiento weberiano sobre el destino lo constituye el artículo de Frédéric Vandenberghe, abocado justamente a mostrar la inevitabilidad de una filosofía subyacente a los escritos de ese autor. Sobre la idea de destino, señala Vandenberghe que "... debería notarse que la destrucción weberiana de la metafísica es en sí misma sumamente filosófica. Su tentativa nietzscheana de deshacerse de una vez por todas de la filosofía de la historia hegeliana está en sí misma sustentada en una filosofía de la historia trágica que presenta el desencantamiento del mundo como el "destino de nuestro tiempo". Este es el mensaje central de la "tesis de la racionalización" (...). Pero el destino, desde luego, no es una categoría empírica: es metafísica. El destino es una forma de "entramado" (Ricœur) que reúne especulativamente los fragmentos caóticos de la realidad en una totalidad cerrada, que reordena los eventos contingentes en una serie onto-teleológica ordenada que dota de sentido retrospectivamente a los eventos individuales" [(1999): p. 10 y ss.].

²⁰ Ricœur (1996): p. 13 y ss.

podemos pensar lo que subyace a la reflexión de Weber, en términos de una conducta de vida impulsada por el protestantismo que se inserta, propulsándolo, en un desarrollo de validez universal y que termina subsumido a éste.

En la medida en que la tragedia de la cultura moderna está presente ya desde 1905, en el sombrío final de "La ética protestante...", puede pensarse que esta impronta condiciona el interés de Weber y, en última instancia, explica parcialmente la motivación de su investigación histórica. Si la racionalidad instrumental hegemoniza la vida moderna, analizar su decurso histórico cobra relevancia y justifica la atención puesta por Weber: ¿cómo se llega históricamente a esta instancia? Esto no difiere sustancialmente de una idea planteada por Wolfgang Mommsen:

De hecho, no puede haber muchas dudas de que su sistematización típico-ideal de la historia universal fue influenciada considerablemente por una serie de asunciones fundamentales sobre el futuro de las sociedades occidentales y el papel asignado a los seres humanos que, en tanto que intelectuales, se abocan a ciertos valores últimos en la emergencia de sistemas sociales dominados por tipos de interacción social instrumental-racionales y por gigantescas burocracias²¹.

En Weber pasado y futuro se inscriben en una unidad: la perspectiva a futuro, el destino de la sociedad que habitamos se inscribe en un proceso de racionalización de larga duración, el que habiendo atravesado la etapa de las religiones universales, encuentra en Occidente condiciones materiales e ideales propicias para desplegarse consecuentemente, tiñendo así trágicamente las perspectivas del individuo moderno. Este posicionamiento, el *Kulturpessimismus* weberiano, no puede entenderse si no es como emergente de las relaciones histórico-universales entre sociedad y religión, como parte de su filosofía de la historia. Y es como producto de condiciones singulares que la razón encuentra en Occidente, que ésta puede erigirse como triunfante, habiéndose despojado de toda tara.

Weber y sus contemporáneos

Max Weber es la expresión de un clima de una época en la que la sociedad alemana enfrentaba cambios sumamente profundos y drásticos, en gran parte debido al atraso alemán en inscribirse en el torrente de la modernización europea que, al calor de las

²¹ Mommsen (1977): p. 18 y ss.

revoluciones político-sociales y de la revolución industrial, venían transformando al continente. En pocos años, Alemania se constituyó como nación, su clase dominante se transformó en una burguesía –aunque lastrada con resabios estamentales-, y la industria se desarrolló constituyendo a este país, en un período muy breve de tiempo, en una de las naciones más industrializadas de Europa. La sociedad se transformaba a ritmos que resultaban inasimilables para vastos sectores, los viejos valores se derrumbaban dando lugar a todo tipo de contraposiciones y tendencias; la remozada clase dominante, carente de la impronta carismática de otras burguesías triunfantes frente al viejo poder feudal, no llegaba a constituir una hegemonía fuerte, mientras que los trabajadores y la socialdemocracia minaban sus posibilidades de poder hacerlo.

En este contexto, el quiebre se plasmó con particular agudeza en el mundo intelectual, en el que el pesimismo ante lo nuevo se manifestó de formas muy diversas, a la vez que congruentes. Stephen Kalberg ha analizado el *Kulturpessimismus* de esta generación, señalando entre sus manifestaciones: el miedo a la pérdida de las diferencias entre individuos, a lo anónimo de la vida urbana, a las relaciones funcionales en lugar de la intimidad de la amistad; también el advenimiento del nihilismo, la convicción de que sólo se podría preservar una vida plena refugiándose en la esfera privada, la contraposición entre la *Kultur* y la supuestamente inferior *Zivilisation* -propia de los países anglosajones-, la certeza de que la Modernidad amenazaba el desarrollo del espíritu y del intelecto²².

Lucien Goldman, uno de los autores que se ha dedicado a analizar al pensamiento trágico, señaló el proceso de transformación de la intelectualidad alemana:

Los ideólogos optimistas de la burguesía revolucionaria y postrevolucionaria, los Condorcet, Saint-Simon, Lessing, Kant, son reemplazados por los grandes pensadores pesimistas, desde Schopenhauer, que solamente anuncia el imperialismo, hasta Burckhardt y Th. Mann, que lo expresan, y Spengler, que anuncia ya la fase de decadencia. Los últimos nombres son todos alemanes o de lengua alemana. En efecto, Alemania constituye entre los grandes países occidentales, la sociedad menos equilibrada, la más frágil e, implícitamente, la más sensible a las amenazas del porvenir²³.

La literatura en alemán de la época es una clara expresión del desgarramiento en el que estaba sumida esa sociedad. Joseph Roth, los hermanos Thomas y Heinrich Mann, Arthur Schnitzler, Franz Kafka, Alfred Döblin, Hermann Broch, por nombrar sólo algunos

²² Kalberg (1987): p. 150 y ss.

²³ Goldmann (1958): p. 50 y ss.

cuyas maravillosas páginas reflejan esto, nos presentan personajes cruzados por esta problemática, en la que los valores tradicionales dejan abruptamente de tener sentido, en el que el mundo heredado y sus símbolos se deshacen ante sus ojos, en el que el torbellino de lo nuevo no permite alcanzar alguna forma de equilibrio existencial²⁴. En su análisis sobre la novela alemana de carácter trágico, Villacañas Berlanga analiza los personajes que pueblan las novelas de estos autores, ligándolos al concepto de Weber que aquí nos ocupa:

La novela (...) expresaría la soledad radical del destino individual, que se lacera hasta destruirse a sí mismo en una búsqueda cada vez más forzada, voluntarista y estéril de identidad. Se convertiría así en la respuesta esencial de la contemporaneidad como tiempo en que los ideales burgueses de la Modernidad yacen en el polvo de la historia, como pasado definitivo (...).

No se han reconciliado con los nuevos procesos de existencia, resumidos por Weber bajo la rúbrica de *Entzauberung*. Aunque jamás se haga presente, el viejo ideal de existencia plena que propició la emergencia de la tragedia sigue atravesando la novela contemporánea, como un contrapunto crítico, como un eco lejano cuya más precisa noticia es la de una radical ausencia²⁵.

Y en el ámbito académico, con sus particularidades, esta perspectiva se manifestó con particular énfasis. Como señala Bryan Turner, Weber debe inscribirse en el proceso específico al interior de este campo, pues su lúgubre perspectiva sobre el destino de la historia, fue, parcialmente, "...el producto cultural de las transformaciones en la comunidad académica en Alemania, donde hubo un declive mayúsculo del status del académico intelectual y de los intelectuales a finales del s. XIX"²⁶. Este proceso, analizado por Fritz Ringer como el declive de los mandarines alemanes, puede apreciarse también en autores como Tönnies, Sombart, Brentano, Troeltsch o Simmel. Creemos que Simmel es quien, de esta generación, más influyó, en forma directa, sobre la perspectiva weberiana, especialmente a través de su *Philosophie des Geldes*, de 1900, que Weber leyó con gran atención antes de encarar su estudio sobre la ética protestante, en el que por primera vez hace un claro planteo sobre lo sombrío de la Modernidad.

²⁴ Dejamos aquí señalado que, por supuesto, este desgarramiento puede también advertirse en otras expresiones del arte gran-alemán de la época. Desde esta clave, señalamos, puede leerse el movimiento expresionista en la pintura -en paletas como las de Ernst Ludwig Kirchner, Emil Nolde, Otto Dix, George Grosz o Max Beckmann entre otros-; en Fritz Lang o Friedrich Murnau en el cine; y en Arnold Schönberg o Alban Berg en la música clásica. En todos estos casos puede encontrarse una fuerte impronta del *pathos* trágico que suscita el proceso de *Entzauberung* entre la *intelligentzia* alemana de la época.

²⁵ Villacañas Berlanga (1993): p. 60 y ss.

²⁶ Turner (1996): p. x.

A su vez, también la dicotomía de Tönnies entre dos tipos de asociación, comunidad y sociedad, es a la vez un legado de esta generación de la cual Weber, relativamente, se apropia. En algunas oportunidades Weber se refirió muy halagüeñamente al libro de Tönnies de 1887 *-Gemeinschaft und Gesellschaft-*, como una "bella obra", de "planteos fundamentales", "un trabajo de importancia duradera", e incluso, como "uno de los libros fundantes de nuestra moderna forma filosófico-social de observar"²⁷. También aquí, entonces, Weber debe haber encontrado elementos para analizar la destrucción de los lazos comunales en aras de las relaciones impersonales que caracterizan la Modernidad. La contraposición, en ese texto de Tönnies, entre una relación real y orgánica entre individuos en la *comunidad*, frente a la ideal y mecánica en la *sociedad*, es elocuente de cómo la nueva forma social era percibida en la cultura alemana²⁸. Sólo pretendemos dar cuenta brevemente, por medio de estos ejemplos, de la imbricación entre los *mandarines alemanes*, de la indisociabilidad de sus intereses y perspectivas. Y esto, no sólo en tanto que intérpretes de una época compartida, sino que también debido a lo intenso de la relación personal entre muchos de ellos. Los tópicos que tratan, así como las referencias cruzadas explícitas en sus textos, son una muestra elocuente de lo prolífico del intercambio de ideas que sostuvo esta generación, y de los anclajes comunes de sus perspectivas²⁹.

El declive en la situación estamental de los académicos alemanes es también un elemento fundamental para entender la preocupación de todos ellos por interpretar los cambios en marcha. Esta desvalorización como estamento, en opinión de Ringer, está asociada a que la influencia de la vieja elite cultivada se vio socavada por el poder de la burguesía adinerada por un lado, y el peso del proletariado organizado por otro³⁰.

También Bryan Turner ha ubicado el declive de los académicos alemanes en el contexto de las transformaciones socioculturales de la época, señalando que el *Kulturpessimismus* de esta generación reflejaba cambios significativos en el lugar de las clases medias educadas de la Alemania del s. XIX. El intelectual dejaba de ser el

²⁷ Cfr. Weber (2001a): p. 1 y p. 22.

²⁸ Cfr. Tönnies (1947): p. 19 y *passim*.

²⁹ También González García ha analizado a esta generación en términos similares. Sostiene éste que "[e]sta 'concepción trágica de la vida', y la idea de que el destino actúa como una fuerza secreta en la determinación de los acontecimientos sociales e históricos, parecen constituir un *leitmotiv* compartido por todos los sociólogos alemanes durante el primer tercio del presente siglo. Con diversas variantes, aparece el tema en Georg Simmel, Ernst Troeltsch, Alfred Weber, Max Scheler, Karl Mannheim y, naturalmente, Max Weber" [(1992): p. 202].

³⁰ Ringer (1997): p. 17.

guardián de la alta cultura: en la sociedad industrial era superado, en su función social, por el especialista técnico³¹.

A modo de conclusión

El avance incontenible del capitalismo, de la ciencia y la técnica, de la mercantilización de todos los aspectos de la vida, dio lugar, como analiza Michael Löwy, a "una reacción cultural (unas veces desesperada y *trágica*, otras resignada) que puede designarse como *romanticismo anticapitalista*"³². Éste se caracteriza por una crítica más o menos radical de la civilización industrial apoyándose en valores sociales, culturales, éticos o religiosos provenientes de etapas anteriores. Así, bajo la contraposición entre *Zivilisation* y *Kultur* -la primera expresando el progreso técnico y económico, pero también lo vulgar, lo externo, lo mecánico, lo artificial; y la segunda, lo espiritual, ligado a valores éticos, religiosos y estéticos-, se atacaba lo nuevo desde lo establecido³³.

Sin embargo, esto también fue destacado por Löwy, lo que distingue esta perspectiva de la de los románticos alemanes que cien años antes vislumbraban con resquemor el advenimiento de lo nuevo, es la comprensión de que el retorno a ese pasado resultaba imposible. Este enfoque es el que transforma su perspectiva en "un conflicto trágico e insoluble"³⁴.

Partimos en este trabajo del análisis de la perspectiva política que Weber desarrolla en el marco del ocaso del régimen gullermino, para señalar que ésta tiene también un componente estructural, ligado a la perspectiva weberiana sobre la Modernidad. Ubicar esta perspectiva en un contexto metahistórico nos permitió remitir al proceso de racionalización cuya culminación este autor ubica en el moderno Occidente. Con esto, su pesimismo cultural aparece vinculado con un proceso histórico-universal, cobrando así una mayor densidad conceptual e inexorabilidad. Por último, quisimos ubicar a Weber en su época, mostrar en qué medida es una expresión particular de un proceso muy generalizado que, atravesando a toda la sociedad gran-alemana, influyó con especial intensidad en quienes, en tanto que intelectuales –y particularmente del campo

³¹ Cfr. Turner (1996): p. x.

³² Löwy (1997): p. 30.

³³ Cfr. Löwy (1997): p. 30 y ss. y (1998): p. 42.

³⁴ Löwy (1998): p. 47. Como señala este autor, entre ambas generaciones -que habitan un escenario absolutamente disímil-, desde el punto de vista intelectual el vínculo intermediario, ineludible, es, sobre todo, Nietzsche [cfr. (1998): p. 36 y ss.].

académico-, expresaban una articulación entre la disrupción por la transición a un mundo nuevo y diferente, y los cambios específicos que los atañían en tanto que actores del mundo académico.

BIBLIOGRAFÍA

- Beetham, David (1979), *Max Weber y la teoría política moderna*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid.
- Goldmann, Lucien (1958), *Las ciencias humanas y la filosofía*, Galatea Nueva Visión, Buenos Aires.
- González García, José María (1992), *Las huellas de Fausto*, Tecnos, Madrid.
- Kalberg, Stephen (1987), "The Origin and Expansion of *Kulturpessimismus*: The Relationship between Public and Private Spheres in Early Twentieth Century Germany", en *Sociological Theory*, Vol. 5, No. 2.
- Löwy, Michael (1997), *Redención y utopía. El judaísmo libertario en Europa Central. Un estudio de afinidad electiva*, El Cielo por Asalto, Buenos Aires.
- (1998), *A evolução política de Lukács: 1909-1929*, Cortez Editora, São Paulo.
- Mommsen, Wolfgang (1977), *The Age of Bureaucracy. Perspectives on the Political Sociology of Max Weber*, Harper & Row, New York.
- Raynaud, Philippe (1987), *Max Weber et les dilemmes de la raison moderne*, PUF, Paris.
- Ricœur Paul (1996), "Préface", en Bouretz, Pierre, *Les promesses du monde. Philosophie de Max Weber*, Gallimard, Paris.
- Ringer, Fritz (1997), *Max Weber's Methodology. The Unification of Cultural and Social Sciences*, Harvard University Press, Cambridge.
- Tönnies, Ferdinand (1947), *Comunidad y sociedad*, Losada, Buenos Aires.
- Turner, Bryan S. (1996), *For Weber. Essays on the Sociology of Fate*, Sage Publications, London.
- Vandenbergh, Frédéric (1999), "Simmel and Weber as ideal-typical founders of sociology", en *Philosophy & Social Criticism*, Vol. 25 No. 4.
- Villacañas Berlanga, José Luis (1993), *Tragedia y teodicea de la historia. El destino de los ideales en Lessing y Schiller*, Visor, Madrid.
- Weber, Max (1988), "Vorbemerkung", en *Gesammelte Aufsätze zur Religionssoziologie, I*, Mohr Siebeck, Tübingen.

- (1994), "Politik als Beruf", en *Studienausgabe der Max Weber Gesamtausgabe, I/17*, Mohr Siebeck, Tübingen.
 - (2001a), *Wirtschaft und Gesellschaft*, en *Digitale Bibliothek Band 58: Max Weber*, Directmedia, Berlin, 2001.
 - (2001b), "Wissenschaft als Beruf", en *Schriften zur Wissenschaftslehre*, en *Digitale Bibliothek Band 58: Max Weber*, Directmedia, Berlin, 2001.
 - (2001c), "Parlament und Regierung im neugeordneten Deutschland", en *Schriften zur Politik*, en *Digitale Bibliothek Band 58: Max Weber*, Directmedia, Berlin.
 - (2001d), "Der Reichspräsident", en *Schriften zur Politik*, en *Digitale Bibliothek Band 58: Max Weber*, Directmedia, Berlin.
- Weisz, Eduardo (2011), *Racionalidad y tragedia. La filosofía histórica de Max Weber*, Prometeo, Buenos Aires.